

que van á seguir, y la apreciacion de los muchos personajes que vamos á poner en escena, una rápida ojeada sobre Flandes, mansion privilegiada de los tres reinos del comercio occidental, Ypres, Bruges y Gante.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII

EXPLICACIONES IMPORTANTES

El interregno que habia seguido á la muerte de Coradino, ejecutada en Nápoles en 1268 por órden de Cárlos de Anjou, hermano de san Luis, causando grandes turbulencias electivas en Alemania, habia dado tiempo á los señores, como ya hemos dicho, de sustraerse de la jurisdiccion del imperio; las ciudades de los alrededores, instruidas ya por el ejemplo que acababan de darles, se valieron de la astucia para escapar del poder feudal.

Maguncia, Estrasburgo, Worms, Spire, Bale y todas las capitales del Rhin hasta la Moselle, hicieron un tratado ofensivo y defensivo, que tenia por objeto sustraerse de las violencias de sus señores, los cuales se revelaban contra el imperio y contra la Francia: lo que excitaba sobre todo á esta defensa era el amor á la propiedad, que les habia inspirado la riqueza que el comercio repartia sobre los establecimientos

públicos. En esta época en la que el cabo de Buena Esperanza no habia sido descubierto por Bartolomé Diaz, ni pasado por Vasco de Gama, todos los transportes se hacian por carabanas; estas carabanas partian de la India, donde se reunian todos los productos del Océano; pasaban las orillas del golfo pérsico, ganaban á Rodas ó á Suez, y de allí se conducian á Venecia: allí las mercancías eran depositadas desde el principio en los bazares magníficos de la serenísima ciudad, que en seguida las expedian para los puertos del Mediterráneo con la ayuda de sus mil bajeles; estas nuevas carabanas trazaban una línea á través de los condados independientes del Tirol y del Wurtemberg; vadaban el Rin hasta Bale, atravesaban el río bajo de Estrasburgo, seguian por el arzobispado de Treves, de Luxemburgo y Brabant y llegaban á Flandes, despues de haber llenado en la travesía los mercados de Constancia y de Stuttgart, de Nuremberg, de Augsburgo, de Francfort y de Colonia, ciudades construidas para tales negocios. Es así que Bruges, Ypres y Gante habian llegado á ser las ricas sucursales de Venecia, era de sus almacenes de donde salian para repartirse en Borgoña, en Francia y en Inglaterra las drogas de Borneo, los tejidos de casimir, las perlas de Goa, y los diamantes de Guzarate. En cuanto á los terribles venenos de Celebes, se decia que la Italia se habia reservado el monopolio. En cambio, las ciudades asiáticas recibian los cueros de Francia y las lanas de Inglaterra.

Se conoce pues fácilmente que estos ricos aldeanos que podian rivalizar en lujo con los señores del imperio de Inglaterra y de Francia, difícilmente se so-

meterian á las exacciones de los duques y condes. Así los señores estaban siempre en guerra con ellos, cuando no lo estaban con la Francia.

Esto fué en tiempo de Felipe el Hermoso, hacia el año de 1297, cuando las coaliciones habian comenzado á tomar un carácter serio. El conde de Flandes habia hecho al rey de Francia declarar que cesaba de ser su vasallo y no lo reconocia mas por su soberano. Felipe envió al instante al arzobispo de Reims y al obispo de Senlis á excomulgar al conde de Flandes; este llamó al papa para que revocara el excomulgado; pero Felipe escribió al soberano Pontífice que los asuntos de su reino pertenecian á la corte de los papas y no á la santa silla. En consecuencia formó una armada, marchó hacia Flandes, arrojando en Italia la simiente de aquella grande discordia religiosa, que causó la muerte de Bonifacio VIII y la traslacion de la silla pontificia á la ciudad de Avinion.

Durante su marcha militar, Felipe el Hermoso supo que el rey de los Romanos venia en socorro de los Flamencos; él le entró al instante á Gaucher de Chastillon, su condestable, que á fuerza de plata comprara su retrato; al mismo tiempo Alberto de Austria recibia de él una suma considerable para dejar ocupar á Rodolfo la Alemania. Felipe, librado del poder espiritual de Bonifacio VIII y del temporal del emperador, marchó al encuentro de los enemigos. Lille capituló, Bethune fué tomada al asalto, Donai y Courtray se rindieron, y el conde de Flandes fué batido en las cercanías de Furnes; pero marchando sobre Gante, el rey de Francia halló á los soldados que habian huído de sus filas, alistados, bajo la bandera de Eduardo I de Inglaterra, que habia pasado

el mar para socorrerlos. Ni el uno ni el otro de ambos soberanos querian exponerse á una sangrienta batalla y de muy fatales consecuencias, y así hicieron una tregua de dos años, la cual fué firmada en Tournay, y por ella quedó el rey de Francia señor de Lille, Bethune, Courtray, Douai y Bruges. A la conclusion de la tregua Felipe IV envió á su hermano Carlos de Valois á seguir otra vez la guerra interrumpida; y la ciudad de Gante abrió sus puertas al conde de Flandes y á sus dos hijos, los cuales, seguidos de un gran número de señores, vinieron á echarse á los piés del rey, Felipe envió al conde de Flandes y á sus dos hijos á una prision; al conde á Compiègne, y á Roberto y Guillermo, sus dos hijos, á Chinon y á Averna. Despues de haber hecho esta astuta prision, partió el mismo rey á Gante, disminuyó los tributos, acordó sus nuevos privilegios, y cuando creyó haber ganado la afecion de los pueblos, declaró que el conde, habiendo dado lugar por su felonía á la confiscacion de sus Estados, tenia por conveniente reunirlos con la Francia.

Los Flamencos callaron y esperaron con paciencia la partida del rey, y apenas había salido, se rebelaron. El tejedor Pedro Leroy y el carnicero Breget fueron los dos principales jefes de aquella sedicion, que encontrando por todas partes las simpatías de los interesados, se extendió de un golpe por toda Flandes; de suerte que cuando la noticia llegó á París, Pedro Leroy había tomado á Bruges; Gante, Dam y Ardembourg se habían sublevado; y Guillermo de Juliers, cuñado del conde, vino á reunir á las buenas gentes de Flandes, siendo elegido general; sus primeras hazañas fueron la toma de Furnes de

Bergues, Vindals, Casel, Courtray, Oudenarde y á Ypres. Felipe envió contra ellos una armada, la cual, iban capitaneando el condestade Raoul de Clermont de Nesle y Roberto conde de Artois, padre del que hemos visto llegar proscrito á la corte del rey de Inglaterra. Este ejército vino á acamparse en el campamento que mandaba Guillermo de Juliers, dejando en sus fosos al condestable que no quiso rendirse, á Roberto de Artois, que se halló atravesado por treinta y dos heridas, dos mariscales de Francia, al heredero de Bretaña, seis condes, sesenta barones, doscientos gentileshombres y diez mil soldados.

Al año siguiente, Felipe entró en persona en Flandes para vengar este hecho que había enlutado toda la nobleza de Francia, y despues de haber tomado á Orachies, vino á acamparse á Mons-en-Puelle, entre Lille y Douai. Dos dias despues, en el momento de Felipe sentarse á la mesa, un grande rumor se apercibió en todo el ejército, el rey se lanzó con ligereza á la puerta de su tienda, y se halló cara á cara con Guillermo de Juliers, que había penetrado en el campamento con treinta mil Flamencos; estos hubieran acabado con el rey, si Carlos de Valois, su hermano, no se hubiera abalanzado á la garganta de Guillermo de Juliers. Mientras que los dos luchaban cuerpo á cuerpo. Felipe tomó su casco, sus guanteletes y su espada; y sin otras armas se lanzó en su caballo, reunió toda su caballería, se abrió paso por medio de la infantería flamenca, arrasó seis mil hombres y puso en fuga al resto; y queriendo aprovechar la ventaja que le daba el ruido de esta victoria, vino á poner sitio á Lille. Apenas había establecido sus campamentos, cuando Juan de Namur, que había

reunido sesenta mil hombres, le envió un heraldo para que le propusiera una paz honorable, ó le declarara la guerra. Felipe, admirado de la prontitud con que la rebelion habia reparado su derrota y recibido nuevas fuerzas, acordó la paz pedida: las condiciones fueron, que Felipe pondria en libertad á Roberto de Bethune, y le devolveria su condado de Flandes: pero con la condiccion que no podria tener mas que cinco ciudades rodeadas de murallas, las cuales el rey podria derribar, si lo juzgaba necesario; que Roberto prestaria fe y homenaje, y pagaria en diversos términos una suma de cien mil libras, ó si no, entregaria á la Francia, Lille, Douai, Orchies, Bethune y todas las demás ciudades situadas en las cercanías de Lys.

Este tratado fué observado mal ó bien hasta el año de 1328, época en la cual Luis de Cressy, cazado por sus vasallos, se refugió en la corte de Felipe de Valois. Tres reyes habian ocupado sucesivamente el trono de Francia mientras este intervalo pacífico; Luis X, Felipe V y Carlos IV.

Felipe de Valois, que habia sucedido á este último, marchó á su vez contra los Flamencos y los halló atrincherados en la montaña de Cassel, mandados por un vendedor de pescado, nombrado Collin Zannee; el nuevo general habia hecho poner un gallo pintado sobre su tienda, con estos dos versos:

Quando este gallo llegue á cantar
El rey Felipe nos vencerá.

Mientras que Felipe buscaba por qué astuto medio podria valerse para que el gallo de Zannee cantara,

este, tres dias despues, penetraba en su campo, disfrazado de vendedor de pescado, y observaba al rey que estaba largo tiempo sentado á la mesa, y despues de esto dormia tranquilamente, ejemplo que era imitado por todo su ejército: de esta observación nació en su idea el sorprender el campamento del rey. En consecuencia, el dia 23 de agosto, dos horas despues del medio dia, mientras que todos tranquilamente reposaban, Zannee hizo avanzar sus tropas en silencio; los centinelas sorprendidos fueron degollados antes de poder dar la voz de alarma. Los Flamencos se repartieron por los alojamientos, y Zannee marchaba hácia la tienda de Felipe con cien hombres, los mas determinados de los suyos. Cuando el confesor del rey, que era el solo que no se habia dormido, ocupado en santas lecturas, oyó el ruido y dió la voz de alarma, Felipe hizo tocar los tambores; las tropas se vistieron prontamente, se armaron y cayeron encima de los Flamencos, y mataron, si hemos de dar crédito á la carta que el mismo Felipe escribió en el convento de San Dionisio, diez y ocho mil y quinientos hombres.

Esta batalla entregó á los Flamencos á merced del vencedor, que dismanteló á Ypres, Bruges y Courtray, despues de haber hecho ahorear y decapitar á mas de trescientos de sus habitantes. Flandes se halló de este modo vuelta á Luis de Cressy, que no atreviéndose á permanecer en ninguna de sus capitales, continuó viviendo en Francia, desde donde mandaba su condado.

Entretanto y durante la ausencia de su señor, ocupaba el poder Santiago de Artevelle, el cual lo desempeñaba grandemente, pues al verlo se hubiese

dicho que era el verdadero soberano de Flandes. Lo era en efecto, como lo hemos visto, enviándole un mensajero á Eduardo de Inglaterra pidiéndole la gracia de obtener las exportaciones de las lanas de Inglaterra, que hacia el principal comercio con las ciudades asiáticas; ya nosotros hemos contado como Eduardo calculando con la rapidez del ingenio el inmenso partido que podia sacar del antiguo odio que reinaba entre Felipe de Valois y Flandes, no se habia desdeñado de tratar de poder á poder con el cervetero Artevelle.

VIII

EL ALMUERZO

Ya que nos ha sido preciso referir los siempre fastidiosos detalles históricos, cuando se hallan adheridos á la parte de novela, y á los cuales hemos consagrado todo un capítulo y lo que nos ha sido indispensable, pues de otro modo no hubiéramos podido contar esos acontecimientos sucesivos que habian llevado á Santiago de Artevelle al grado de poder en que se hallaba colocado, principiaremos el presente presentando al mismo saliendo de la sala de deliberaciones, en la que las corporaciones discutian ordinariamente los asuntos de la ciudad y de la provincia, en medio de un cortejo que hubiera hecho honor á un príncipe feudal; apenas hubo aparecido en el quicio de aquella sala, en la que se hallaba la corte entera, ia cual se inclinó á su paso: veinte hombres armados con lanzas habian tomado la delantera para abrirle el camino en medio del inmenso pueblo, que

siempre se agolpaba y apoderaba de los lugares por donde él iba á pasar.

Llegados á la puerta, donde varios pajes y escuderos tenian por las riendas á los caballos, Santiago se aproximó al suyo, tomó sus bridas á lo caballero experimentado, y se colocó en su silla con mayor agilidad de la que se podia esperar de un hombre de su edad, corpulencia y estado. A su derecha y á su izquierda marchaban montados, el primero sobre un magnífico caballo de guerra, digno de un tan noble y poderoso caballero; el segundo sobre un palafren del cual su paso dulce era á propósito á su estado, el marqués de Juliers, que en la batalla de Mons-en-Puelle habia penetrado hasta la tienda de Felipe el Hermoso y su hermano M. Valeraud, arzobispo de Colonia; tras de ellos cabalgaba el caballero Tauquemont y un valiente caballero que le llamaban el Coutrasien, porque habia nacido en la ciudad de Courtray, y era mas conocido por este nombre que por el de Zegher, que era el apellido de sus familia. En fin, precedidos por los dos nobles que acabamos de nombrar, seguian, confundidos y sin distincion, los diputados y jefes de corporaciones.

Era este cortejo tan numeroso, que á la vuelta de una boca calle nadie se apercibió que dos nuevos personajes acababan de unirse; sea que los recién llegados por curiosidad se arrimaron á Santiago de Artevelle, sea porque conocieran que su rango les permitia escoger este sitio, ellos penetraron tambien é inmediatamente por medio de todos los caballeros, se colocaron cerca del caballero de Tauquemont y de Courtrasien; siguieron así como un cuarto de hora, poco mas ó menos; pero la cabeza de la columna

se paró ante una casa de lindísima fachada, que tanto parecia de una manufactura como de un palacio; todos echaron pié á tierra y los criados prontamente echaron mano á los caballos, á los que condujeron á unas espaciosas cuadras destinadas á prestar hospitalidad á los cuadrúpedos. Habian llegado al palacio de Santiago de Artevelle; al volverse este á hacer seña á los que componian el cortejo para que éntrasen, apercibió á los dos incognitos.

— ¡Ah! ¿sois vos, maese Gerardo? dijo en alta voz Artevelle; seais bien venido. Echo de menos que no hayais asistido á la decision que acabamos de tomar para asegurar la libertad del comercio de Flandes con Venecia y Rodas, decision por la cual M. de Juliers y monseñor el arzobispo de Colonia, su hermano, pueden servirnos y nos servirán de un gran socorro, no solamente en toda la extension de sus posesiones, que llegan desde Dusseldorf hasta Aix-la-Chapelle, sino tambien con la influencia de los señores y amigos, entre los cuales es preciso contar al augusto emperador de los Romanos, Luis V de Baviera. Hubiérais visto con placer, estoy seguro de ello, con la prontitud y unanimidad que han puesto las ciudades de Flandes en mis manos todos los poderes que pertenecian á Luis de Flandes, antes de su huida á la casa de su pariente el rey de Francia.

— Y aproximándose y llevándose aparte continuó en voz bastante baja:

— Y bien, mi querido Denis, ¿qué nuevas me traes de Inglaterra? ¿Has visto al rey Eduardo? ¿parece estar dispuesto á levantar la prohibicion que ha hecho? ¿tendremos libres las lanas del pais de Gales y los cueros del condado de York! Habla lo mas

bajo que puedas y como si tratáramos de cosas indiferentes.

— He cumplido puntualmente tus instrucciones, Santiago, respondió el oficial de tejedores afectando de tutear al de Artevelle y de darle el nombre que le daba su familia. He visto al rey de Inglaterra, y ha atendido tanto á las observaciones que en tu nombre le he hecho, que envía á uno de sus mas fieles caballeros para tratar directamente contigo este asunto, no queriendo entablar negocios mas que contigo, persuadido de que tú solo eres el señor omnipotente de este pais y tu voluntad es la de toda Flandes,

— Y tiene razon, por mi alma. ¿Mas dónde está ese mensajero?

— Es aquel gallardo jóven que su color tira á moreno y algo sonrojado, que está al otro lado de la calle apoyado sobre aquella columna, y jugando con su halcon como pudiera hacerlo un baron del imperio ó un par de Francia. Creo, Dios me perdone, que todos estos Ingleses se creen descendientes de Guillermo el conquistador.

— No importa, es menester adular su vanidad. Invita, de mi parte, á ese jóven caballero, que si gusta asista al almuerzo que doy al arzobispo de Colonia, al marqués de Juliers y á los diputados de nuestras ciudades. En donde tendrá un sitio, con lo que me parece quedará enteramente satisfecho su amor propio, y quiere decir que lo colocaré entre ti que eres jefe de corporacion, y Courtrasien que es un caballero de rancia hidalguía cuidando de que no esté muy cerca de mí, para no dar recelo á su importancia, y de que yo pueda observar bien su fisonomía. Reco-

miéndale no pronuncie una sola palabra de su comision, y hazle presente que hablaré con él despues de concluido el almuerzo

Gerardo Denis hizo una señal de inteligencia, y se dirigió á llevar á Walter la invitacion que estaba encargado de trasmitirle: el jóven caballero la aceptó como un favor al cual su título le daba derecho, y se puso entre el Courtrasien y el jefe de tejedores, en el sitio que le habia designado Artevelle.

El almuerzo era tan numeroso y tan espléndido, como por el que comienza la crónica de Westminster; allí habia el mismo lujo de criados, la misma abundancia de botellas de plata cincelada, y la misma profusion de vinos de Hypocoras y de cerveza, tan solamente los convidados ofrecian un aspecto poco interesante, pues á excepcion de los señores marqués, de Juliers y del arzobispo de Colonia, que estaban colocados en las cabeceras de la mesa, á izquierda y derecha de Artevelle, del caballero de Fauquemont y el Courtrasien, que estaban á los lados, los demás eran jefes de corporaciones y simples aldeanos elegidos; así estaban alineados sin otra distincion que la edad, al rededor de la mesa que estaba un poco mas baja por la parte que ellos ocupaban.

En cuanto á Walter, rechazó sin escrúpulo á su vecino: de suerte que habia hallado sitio en el rango de los señores, mientras que Gerardo Denis empezaba la serie de los que comian en la mesa segunda; estaba pues sentado casi enfrente de Santiago de Artevelle, y aprovechándose de la precaucion que este habia buscado para sí mismo, podia examinarlo á su gusto.

El ex-cervecerero era un hombre de cuarenta y cinco á cuarenta y ocho años, poco mas ó menos, de una

talla mediana, aunque ya su cuerpo empezaba á tomar esa figura que se va apoderando de uno hasta el punto de dejarlo hecho una corcoba. Sus cabellos estaban peinados con mucha curiosidad, aunque no podian evitar el que se conociera la abundancia de canas que ya tenia : su barba y bigotes largos, como en aquellos tiempos era moda entre los nobles; aunque su figura tuviese la apariencia de los bohemios, de cuando en cuando solia echar una mirada rápida y brillante, la que se perdía en la expresion general de su fisonomía. Estaba vestido con una riqueza propia de un hombre de su clase, pues llevaba una especie de jubon de paño negro guarnecido de piel de zorra y con bordados de plata; el oro, la seda, el terciopelo y las pieles blancas, solo los nobles caballeros la vestían en aquella época

Walter fué interrumpido en este exámen, por su criado que, aproximándose á él, le dijo algunas palabras al oído, y tambien por el arzobispo de Colonia que se dirigió á él y le dijo :

— Señor caballero, pues no creo engañarme en daros este título...

Walter se inclinó respetuosamente.

— ¿Me permitís que examine de cerca ese halcon que vuestro escudero trae sobre su puño? parece de noble raza, aunque su especie me es desconocida.

Con tanto mas placer, monseñor, respondió Walter, pues me presentais una ocasion favorable para que, valiéndome de ella, os presente un nuevo convidado que nos presenta Roberto. Mi escudero ha estado buscando por todos lados una percha para colocar al halcon, no ha encontrado ninguna, y me

ha dicho al oído que si vuestra señoría me permitiria colocarlo entre los vuestros.

— Sí, sí, dijo Artevelle riéndose, nosotros los ciudadanos no tenemos ni jauría, ni halconería; así como hallaréis mi casa provista de almacenes y de espaciosas cuadras; pero de perreras y perchas nada: en cambio tenemos arsenales bastante vastos para alojar una armada; y creo que los halcones y los perros de monseñor de Colonia no se quejarán cuando dejen la casa de Santiago de Artevelle de la hospitalidad que han recibido, pues no he perdonado, en cuanto me ha sido posible, por tenerles preparada una excelente cuadra.

— Así os prometemos nosotros, mi querido Santiago, dijo el marqués de Juliers, que amos, criados, perros y halcones, no se olvidarán de la acogida que han recibido de vos personalmente, como de la que nos han hecho los diputados de las productivas ciudades de Flandes, y jefes de corporaciones de Gante, añadió volviéndose hácia los convidados que estaban en la mesa baja.

— Hubiérais sido injusto en no hacernos este favor, señor caballero, respondió el arzobispo de Colonia despues de haber examinado el halcon con curiosidad; este pájaro es, estoy cierto de ello, de raza aun mas antigua y mas pura que muchos nobles franceses, sobre todo desde que Felipe III empezó á vender las cartas de nobleza á Raoul Lorrferre, que tenia, á lo que parece, seis abuelos mulatos.

Aunque menos docto que vos en semejante materia, monseñor, interrumpió Artevelle, me atreveria

á responder que este halcon es de Oriente; he visto semejantes á este en la isla de Rodas y Chipre, cuando acompañé allí á monseñor el conde de Valois.

— Y ciertamente no os engañaríais, dijo Walter. Este halcon descende de la torre de Nubia, situada, segun dicen, al mediodía del sitio por el cual Moisés atravesó el mar Rojo. Sus padres fueron cogidos entre los bagajes de Muley-Mu-hamad, soberano de Granada, por Alfonso XI de Castilla, y regalados por el rey al caballero de Lockheart, que habia acompañado á Santiago Douglas al viage que habia emprendido para llevar al Santo Sepulcro el corazon del rey Roberto Bruce. A su vuelta el caballero Lockheart, habiendo sido sorprendido en una escaramuza por Ingleses y Escoceses capitaneados por el conde de Lancastre, *el del cuello tuerto*, una de las condiciones del rescate fué que el caballero Lockheart entregase aquel magnífico halcon que habia traído de España. El conde de Lancastre, dueño de este precioso animal, lo regaló á su vuelta á la bella Alicia de Graffton, la que me lo ha confiado á mí para distraerme en esta pequeña travesía. Veis que su genealogía es de las mas nobles y mejor establecidas.

— Me recordais, caballero, dijo el Courtrasien, al valiente Santiago Douglas en su viage á la Ecluse, buscando una ocasion de pasar á la Tierra Santa; y el que le dió el consejo de volverse á España, fui yo, de esto hará ya siete ú ocho años.

— Se dice, continuó el caballero de Fauquemont, que el rey Roberto Bruce le encargó esta comision, teniéndolo por el mas valiente y mas leal caballero de su reino.

— Sí, sí, respondió el Courtrasien, me ha contado á menudo cómo pasó la cosa; porque esto le daba honor, y yo me complacia en oírsele contar, pues para hacerlo desplegaba todo su entusiasmo de caballero. Parece que en el tiempo que el rey Roberto estuvo desterrado, hizo juramento de si reconquistaba su reino, cumplir el viage al Santo Sepulcro; mas las guerras tan continuas que tuvo que sostener contra el rey de Inglaterra, no le permitieron dejar la Escocia; de suerte que cuando estaba á las puertas de la muerte, se acordó del juramento que habia hecho, y atormentaba duramente su agonía el no haber podido cumplirlo. Entonces hizo venir á su lecho al gentil caballero Santiago Douglas, y ante los que estaban allí, le dijo:

— Monseñor Santiago y querido amigo, ya sabeis que he padecido y sufrido mucho en el tiempo que he vivido para sostener mis derechos y mi reino, y cuando hubiera querido ir á guerrear contra los enemigos de nuestro Señor Jesucristo y contra aquellos que odian á la fe cristiana, Dios, nuestro soberano Señor, no ha querido consentirlo; me han dado mucho que hacer en mi tiempo, y ahora estoy tan gravemente enfermo, que me conviene morir, como vos lo veis y yo lo siento. Y pues es así como mi cuerpo desea descansar, y no puedo ir á cumplir lo que mi corazon tanto anhela; quiero enviar allí á un caballero que haga mis veces y que cumpla mi promesa, llevando mi corazon ya que no puedo ir en persona; y como en mi reino me parece que no habrá ninguno que pueda cumplirlo como vos, os escojo para que en ningun tiempo se diga que morí sin haber dejado persona alguna que pudiera cumplir este sa-

grado juramento, habiendo tenido lugar para ello, porque Dios me lo ha dado; y así os ruego, mi muy querido amigo, tanto como lo puedo, que emprendais este viaje por el amor que me tengais; pues cuento con vos, con vuestra nobleza y lealtad que cumpliréis mi deseo, y así moriré mas gustoso y mas tranquilo: para que lo hagais escuchad lo que voy á decir. Quiero que así que haya exhalado mi postrimer suspiro, abrais mi pecho con vuestra valiente espada, saqueis mi corazon de él, lo hagais disechar y lo pongais en una cajita de plata, que he hecho preparar para el efecto; para lo cual tomaréis de mis tesoros lo que necesiteis á fin de que no tengais necesidad de nada en todo el viaje, ni tampoco los que os acompañen; y haced el viaje con la mayor ostentacion posible, para que todo el mundo sepa que llevais á ultramar el corazon del rey Roberto de Escocia, como ordenó en su última hora.»

— «Gentil y noble señor, respondió Santiago de Douglas, os doy cincuenta millones de gracias por el honor que me haceis al encargarme de un tan noble y rico tesoro; lo haré de voluntad y de todo corazon, solamente que no me considero digno de una tan noble y honrosa comision.»

— «¡Ah! amabilísimo amigo, continuó el rey, os doy las gracias por la promesa que me haceis. ¡Oh! voy á morir confiado en que como noble y leal caballero que sois, desempeñaréis el encargo que os he dado.»

Y entonces, pasando sus dos brazos sobre el cuello de Santiago Douglas, lo estrechó y exhaló su último suspiro.

El mismo dia, y como le habia sido recomendado,

Santiago Douglas abrió el pecho del rey con su espada, y sacando el corazon real, lo metió en la cajita de plata sobre la cual iba grabado un leon, que es el blasón de los reyes de Escocia, y colgándose al cuello esta cajita, emprendió su viaje con gran rapidez, desde el puerto de Montrose y llegó á la Ecluse, donde lo conocí y oí de su boca lo que acabo de decir.

— ¿Y llevó la empresa hasta el fin? preguntó Gerardo Denis aventurando una palabra en aquella noble conversacion.

— No, respondió el marqués de Juliers, he oido decir que pereció en España.

— Y su muerte fué digna de su vida, dijo Walter tomando á la vez la palabra. Aunque soy inglés y él era escocés, le hago justicia, pues era un noble y poderoso caballero. Me acuerdo aun de cierta noche, cuando la guerra de 1327, cuando el caballero Santiago Douglas, con doscientas lanzas, penetrara en el campo nuestro, mientras que todos dormian, y espoleó tan fuertemente á su caballo y esgrimió tan bien su tizona, que nuestros soldados huian de su espada, y logró llegar hasta la tienda del jóven rey Eduardo III gritando: «¡Douglas!» El rey oyó con horror este imperioso grito, el cual no le dió lugar mas que para llegar al umbral de su tienda, pues ya la espada de Douglas cortaba las cuerdas para echarla abajo. Nos mató en aquella noche sobre trescientos hombres, mientras él se retiró sin haber perdido un solo guerrero de los que le acompañaban. Por algun tiempo tuvimos miedo de ellos, pues cada noche temiamos habérnoslas con Douglas y sus compañeros.

— ¿Y sabéis los detalles de su muerte? preguntó el marqués de Juliers.

— Sí, hasta su último punto, porque mi caballero me la repitió varias veces.

Todos los caballeros y los representantes de las buenas ciudades de Flandes, al oír que Walter iba á contar cómo habian sido los últimos momentos de Douglas el Negro, prestaron la mayor atencion.

PROYECTOS DE INDEPENDENCIA

El jóven embajador inglés lanzó una mirada á su rededor, para ver si todos lo escuchaban en una narracion tan belicosa, y despues de hacer un saludo al Courtrasien, principi6 dirigiéndose á este :

— « Al fin Douglas marchó á España, pues por su desgracia hizo lo que vos le aconsejásteis, señor caballero, en tiempo que el rey Alfonso de Aragon guerreaba contra el sarraceno rey de Granada; y el rey de España rogó al noble peregrino, si en honor de Jesucristo y de la santísima Virgen María no querria romper una lanza contra los infieles.

— « Sí, lo haré de todo corazon, dijo, y sentiré no sea pronto. »

« Al siguiente dia el rey Alfonso salió á los campos para aproximarse á sus enemigos; el rey de Granada hizo lo mismo y pronto se hallaron frente á frente. En cuanto á Douglas el Negro, se puso al